

sombra en el patio. A su vista Giannina siente aumentar sus fuerzas y con impulso sobrehumano pone en pie la escalera, la adosa al muro y empieza á subir por ella.

Pero una mano de hierro la coge por detrás y una voz terrible le dice friamente:

—¡Desvergonzada! ¿No sabes que no se sale de aquí sino después de concluir el servicio como los soldados?

El que así hablaba era el más fiel vigilante de la comadrona, el que estaba siempre alerta para ayudar y defender la comunidad en caso de peligro. Él era quien había quitado la escala del muro.

La pobre Giannina no opuso la más leve resistencia; no dijo tampoco una palabra y se dejó conducir á la infame casa como un cordero que va al mercado ó al matadero, mientras el cancerbero decía con aire maligno:

—¡Ahora verás lo que te sucede! Yo te aseguro que esos arrebatos de loca te van á salir para siempre de la cabeza.

Se la encerró en una habitación interior que no recibía el aire más que por el ventanillo de la puerta y no se le dió más alimento que pan, agua y aguardiente...

Al llegar á este punto de la narración la infeliz fué acometida de un espasmo de angustia, y llorando de desesperación, preguntó á sus dos salvadores.

—¿Me perdonarán las señoras como á la Magdalena?

—Has hecho bien en recordarla, dijo gravemente la Condesa, poniéndole la mano sobre la cabeza, porque el Señor te ha perdonado como á ella. Hoy mismo entrarás en lugar donde podrás imitarla en la penitencia.

Antes de la noche la nueva Magdalena era recibida entre las asiladas del Buen Pastor.

Ida fué á la oficina más consolada que antes mientras la comadrona urdía ya el hilo de su venganza.



## XV

### La bodega del diablo.

EN una modesta aldea del suburbio habitaban solas, hacía ya mucho tiempo, una vieja señora y su criada, que aunque también entrada en años, no contaba tantos como su ama.

Esta última, siempre vestida de negro, y con un espeso velo sobre el rostro, que apenas ocultaba su espesa cabellera blanca, sólo salía de casa para ir á la primera misa. La doméstica, además de ir á misa, salía para los quehaceres cotidianos.

Nadie las había visto confesar, ni á una ni á otra; pero las comadres de la vecindad decían que una vez la *secretaria de la bruja*, es decir, la criada había estado largas horas en el confesonario de la iglesia de las Capuchinas, aunque sin llegar á recibir la comunión.

Las celosías de la casita donde ambas vivían estaban siempre cerradas á piedra y lodo como suele decirse; y las dos huían del trato de las gentes del pueblo, que como es de rigor hacían sobre ellas los más extraños comentarios.

No obstante, las visitas no faltaban en la misteriosa casita, especialmente en ciertas épocas del año; en Carnaval, en Mayo, en Pascuas, en el primero de Año, era tal el concurso de visitantes que formaban una larga procesión. Las visitas se componían de señoras y señoritas que llegaban en tranvía ó en co-

ches propios ó de alquiler, vestidas con lujo, entrando y saliendo de aquel lugar misterioso con un aire furtivo y presuroso, como si temieran ser descubiertas y reconocidas.

Ninguna persona de la vecindad sabía quiénes fuesen aquellas dos mujeres, ni mucho menos el verdadero motivo de las visitas que recibían, y por eso mismo el populacho que abundaba en aquel suburbio, había tejido en torno de ellas una verdadera leyenda. Á la dueña la llamaban simplemente *la bruja*; *secretaria*, como ya hemos dicho, á su criada, y á la casa misteriosa *la bodega del diablo*.

Delante de *la bruja* las mujeres experimentaban cierto miedo supersticioso, y escondían á los niños por temor de que les hiciese mal de ojo. En la iglesia se apresuraban á apartarse de ella colocándose á distancia respetable: los chicuelos, debajo de las ventanas, gritaban á coro: *bruja, la bodega del diablo*; pero eran disueltos por los agentes de orden público.

Una mañana de invierno, mucho antes de que despuntase el día, llegó á pie y se detuvo delante de la puerta de aquella casa, una mujer arrebujada en un amplio chal, y con un espesísimo velo sobre el rostro. Llamó á la campanilla, y á las preguntas de la *secretaria*, que después de algunos minutos vino á abrir la puerta, contestó alzándose el velo para hacerse reconocer:

—Tengo necesidad de hablar en el acto á doña Mónica. Si está todavía en la cama dígame que se levante en seguida, porque quiero marcharme antes de que amanezca.

Fué introducida en un saloncito del piso bajo y á los pocos momentos se presentó la *bruja*, que apenas vió á su inoportuna visitanta, dijo con mal humor:

—Todavía te atreves á venir aquí? No te he dicho muchas veces que una persona de tu calaña no debe poner el pie en casa de personas honradas?

Pero la brava visitanta, sin dar muestras de ofenderse ni de

turbarse ante aquel insulto, sonrió tranquilamente y besando la mano á la vieja, la hizo sentar al lado suyo, diciéndole con acento casi filial:

—Sé buena, tía *Nica*, y no temas que sea indigna de tu protección. Si supieses todo lo que yo sé, verías que mi vida es más inofensiva que la de muchas personas que se consideran honradas. ¡Ay, si se descubriesen ciertos altares! Yo procedo siempre con lealtad y respeto la libertad de todos. En este punto, gracias al Cielo, no tengo el menor remordimiento. También lo sabe la autoridad, con la cual vivo siempre en paz. Además he venido antes del alba, como tú me has ordenado, querida tía. Ya ves que sé respetar todos los escrúpulos, todas las conveniencias y hasta las manías.

—¿No sabes que todas las precauciones son pocas con esta canalla de la vecindad? Ya me han hecho ir varias veces á la delegación de policía.

—No tengas miedo á eso, porque soy uña y carne de la policía; pero de todos modos, procuraremos no darles vela en este entierro.

La vieja sonrió simuladamente y dijo:

—Tanto va el cántaro á la fuente que al fin se rompe.

—Ya sé que no se debe jugar con la autoridad, porque siempre se pierde. Pero vengamos á lo que importa, querida tía. Sé que te deleitan las monedas antiguas. Mira ésta que te traigo para tu magnífica colección. Así no podrás decir que soy una ingrata.

—No me vengas con pamplinas, dijo en tono desdeñoso la vieja, observando la moneda por el anverso y por el reverso. Si no tuvieras necesidad de mí, no te acordarías ni del santo de mi nombre. Un luis del año de Luis XIV. ¡Gracias! Conque, dí de qué se trata. Ya sabes que no me presto más que á cosas honradas, y en tus enjuagues no quiero entrar ni poco ni mucho.

—Está bien. Tampoco yo quiero embrollos. En punto á honradez nada tenemos que echarnos en cara.

—Pronto, explicate; no hay tiempo que perder.

—En seguida. He aquí de qué se trata. La zorra me ha arrebatado una pollita que era una alegría. ¿Cómo castigarla y defenderme para el porvenir? Hay que pillarla á lazo.

—¡Comprendido! ¿No sabes cómo vengarte? ¿Y tienes el valor de decírmelo á mí que sé quién eres?

Después de estas palabras dichas en tono de desprecio, la comadrona gritó resentida y casi amenazadora:

—¡Nadie tiene el derecho de entrometerse en mis cosas! Te lo he dicho muchas veces.

—Ya sé que eres inocente como el agua turbia, observó fríamente la *bruja*.

Pero la otra replicó resueltamente:

—Dejémonos de recriminaciones y vengamos al asunto que me ha conducido á esta casa.

—Está bien. ¿Quieres saber cuál de ambas profesiones te conducirá á galeras?

A esta pregunta, pronunciada por la vieja con una sonrisa maligna, respondió prontamente la comadrona en el mismo tono:

—Sí, aunque espero no ir sola.

—Ven.

Se levantaron ambas, atravesaron varias habitaciones y entraron en un saloncito. La vieja abrió la puerta de un armario que estaba en la pared, completamente lleno de vestidos de mujer y en el cual se escondía otra puertecita interior, que cedió en cuanto la *bruja* tocó un botón, y al través de ella penetraron ambas en un pequeño gabinete que estaba sumido en la mayor obscuridad.

En él permanecieron ambas en silencio algunos instantes, hasta que al fin la habitación se iluminó con débil claridad por

una luz que caía del techo y que permitía descubrir el extraño aspecto de aquel gabinete mágico.

Era éste un cuadrado perfecto, cuyas paredes, enteramente tapizadas de damasco rojo, se replegaban en forma de pabellón terminando en punta, de donde pendía una lamparita velada que cuando se encendía, esparcía una luz pálida, aumentando con sus plateados reflejos, la extraña singularidad de aquel lugar. Sobre el fondo rojo de fuego de la tela adamascada, que cubría las paredes estaban dibujados, sin ningún orden ni simetría, arabescos, flores y geroglíficos cabalísticos de varios colores. Del centro del pavimento, sembrado también de figuras y signos cabalísticos, salía un pabelloncito circular, semejante á los que recubren los baptisterios de las iglesias, formado por un cortinaje cónico de color azul.

Pálida y excitada por aquel extraño aposento, que sin embargo no era nuevo para ella, la comadrona estaba en pie inmóvil y muda, mientras la vieja sacaba del armario secreto una amplia bata de seda, toda sembrada de geroglíficos, y se la puso sobre sus vestidos, atándosela á la cintura con una faja de seda rosa, de la que pendía un espadín con empuñadura en forma de cruz. Se puso en la cabeza un gorro egipcio y al cuello un cordón verde esmeralda, de metal cincelado.

Era este el famoso hábito del Gran Kofta ó sumo sacerdote de la masonería egipcia, que nuestra sibila pretendía haber heredado por una serie de maravillosos acontecimientos del conde Cagliostro, profeta y taumaturgo sin par, así como se jactaba de haber heredado los secretos mágicos de la sibila Artwedson y de los videntes Plomenfel y Ulfenwoco, célebres por haber vaticinado la muerte de Gustavo III de Suecia y de sus hermanos; é igualmente los de la sibila de París, madama Lenormaud, que predijo á Josefa Beauharnais la corona imperial, y de otros maestros en el arte adivinatorio.

Después de largos estudios y repetidas combinaciones de los

principios, prácticas y ritual del ocultismo antiguo y moderno, perfeccionado en los progresos de la psico-física, nuestra vidente se había creado un sistema teórico del ocultismo, perfeccionado con los más recientes progresos de la psico-física. Según tal sistema se podía determinar entre el espíritu del mago ó vidente, y los otros espíritus humanos, próximos ó lejanos, una comunicación recíproca, mediante las oscilaciones de sus cerebros; una especie de telegrafía cerebral sin hilos, como la *ce-re-bración inconsciente (unconscions cerebration)* descubierta por el doctor Carpenter de Londres. Donde se demuestra que la emanación de los otros cerebros concentrándose en el del agente mágico, aumentaban de intensidad y por eso mismo la inteligencia, infundiéndole conocimientos completamente nuevos y confiriéndole la capacidad de ponerse en comunicación con las inteligencias angélicas y con el propio Dios, hasta alcanzar el conocimiento de las cosas más lejanas é imperceptibles.

Existían, pues, diversos medios prácticos para determinar tal comunicación cerebral, especialmente con hacer entrar los flúidos vitales de las fuerzas psíquicas, en ciertos objetos materiales, según las reglas de la ciencia oculta, que le revelaban los secretos más recónditos. Entre estos métodos ó prácticas des-collaba lo *oomancia* ú *ooscopia*, esto es la adivinación por medio de la yema ó de la clara de huevo; cuyo ceremonial veremos pronto, ceremonial que Cagliostro y la Lenormaud habían ya adoptado con tanto éxito para pronosticar el porvenir.

Vestida, como hemos visto, de Gran Kofta, la sibila cogiendo una cortina que pendía del techo hizo visible la parte interior del misterioso pabellón. En el centro de él se veía un trípode, sobre el cual estaba una jarra de cristal llena de agua, una marmita dorada con mango de marfil y un huevo fresco.

En el mismo momento se encendieron una infinidad de lamparillas que rodeaban el pabellón.

Al ver esto la comadrona fué acometida de un temblor nervioso que se comunicó al pavimento haciéndole oscilar.

Sonrió siniestramente la sibila, mirándola con ojos de compasión mezclada de desprecio, y tomándola por la mano la acercó al trípode de manera que estuviese frente de él. Luego le puso la mano sobre la cabeza, sobre los ojos y sobre el pecho, murmurando palabras incomprensibles y haciendo con ambas manos signos extraños. Luego tomó el huevo, lo rompió y arrojó su contenido en la marmita, agitándola fuertemente con la mano izquierda, mientras que con la derecha hacía sobre ella señales cabalísticas.

Después de esta primera ceremonia, la sibila puso sobre el trípode la marmita é invitó á su cliente á que se fijase en su contenido, fijando también ella sus ojos flameantes sobre la comadrona.

Así permanecieron ambas en silencio durante dos ó tres minutos.

Por una de esas extrañas contradicciones, tan frecuentes en los más canallas, la comadrona no hacía más que encomendarse á todos los santos de la corte celestial, y con los brazos se oprimía el pecho á fin de impedir la entrada á él de ningún maleficio.

—Mira, dijo por fin la sibila. ¿Ves la yema que permanece compacta y redonda en el agua? Pues es el mundo en pequeño. ¿Ves la clara reducida toda á filamentos, entrelazados entre sí de mil maneras? Pues así afluyen nuestros flúidos vitales y nuestras fuerzas psíquicas y se confunden con los flúidos y con las fuerzas de las personas cuyos secretos queremos descubrir, determinando una comunicación recíproca de oscilaciones cerebrales, que eleva la inteligencia de la persona perita en las ciencias ocultas hasta el punto de leer en lo futuro y presagiar seguramente los acontecimientos.

Dicho esto, sacó de la vaina el espadín y metiéndole en la

marmita agitó el contenido de ella. Luego cerró los ojos, apretó los labios con una contracción nerviosa y poniéndose densamente pálida y reabriendo de nuevo los párpados, dijo con tono inspirado y solemne, sin dejar de mirar á la marmita:

—Nuevos ejércitos y nuevas batallas. No son hombres sino mujeres las que combaten, quien por la libertad, quien por la esclavitud. A la cabeza de las primeras va una pértiga alemana vestida más bien de hombre que de mujer... Mucho voceó... No, no se vence con palabras... La otra capitana, una condesa lombarda, organiza tranquilamente un gran ejército... Al lado suyo lucha una telegrafista, que llegará á ser su brazo derecho y decidirá de la suerte de la guerra.

—¡Es ella!—gritó la comadrona.

—Ya te há dado un golpe maestro al cual seguirán otros hasta el último, que será mortal.

—¿Cómo defenderse y desarmarla? ¿Con la fuerza? Con la raposa hay que raposear. ¿Cogerla á lazo?

—Sería lo mismo que tratar de coger el cielo con la mano.

—¿Por qué?

—Porque tiene los ojos de águila y el corazón de león.

—¿Arrojarla del oficio y obligarla á mendigar el pan?

—Buen medio si pudieras conseguirlo.

—Lo intentaré.

—Hay que emplear ciertos estratagemas.

—¿Cuáles?

Aquí la sibila se acercó á su oído y murmuró algunas palabras cabalísticas incomprensibles para los profanos. Luego la preguntó:

—¿Has entendido?

—Sí, sí, acabaré con ella. ¡Gracias!

—Pues ahora vete. Del mal que hagas á esa joven, tu serás la responsable, porque yo he hablado como instrumento incons-

ciente y pasivo de tu espíritu transmitido al mío y bajo el dominio de los acontecimientos futuros, revelados por la comunicación con otros espíritus que concurren á determinarlos.

Quiso replicar la comadrona, pero la vieja no la dió tiempo porque hizo apagar las luces, llamó á la *secretaria* y ésta condujo á la visitante hasta la puerta de la casa, en el momento en que comenzaba á alborear.

No había dado diez pasos en la calle cuando paró cerca de ella un coche de alquiler. Tenía el número 13.

—¡Maldito número, exclamó. Esta mañana al salir de casa, la primera persona que encontré fue una vieja. Ahora tropiezo con el número de Judas... No soy supersticiosa pero ciertos encuentros me hielan la sangre. ¿Al fin venceré? Allá veremos.



## XVI

### Mina y contramina.

ADemás de la escarapela que llevaba al pecho cada una de las individuos de la *Alianza femenina*, tenían también un pase con su fotografía, que les servía para identificar su persona y demostrar la propia personalidad, evitando de este modo cualquier fraude.

Cierto día, nuestra telegrafista, habiendo llegado á su casa desde la oficina, antes de ponerse á comer con su madre, abrió el bolsillo, donde acostumbraba á guardar el pase, el libro de misa, y los guantes, observando con asombro que le faltaba el primero. Estaba segura de haberle llevado dentro del bolsillo á la oficina, y era por lo tanto indudable que alguien se lo había sustraído de él.

Por más que el hecho pareciera extraño, no tenía más remedio que admitirlo como cosa cierta. Volviendo aquella tarde á la oficina, preguntó á los colegas, á los ordenanzas; pero ninguno de ellos sabía nada. Luego no era posible la menor duda, alguno había abierto su bolsillo, mientras Ida estaba ocupada en el trabajo. ¿Quién? No un ladrón vulgar, porque le había dejado los demás objetos; y aunque éstos eran de poco valor, el pase no tenía ninguno. Por otra parte, en la sala, aquella mañana sólo habían estado sus cuatro colegas telegrafistas.

Entonces una grave sospecha surgió en la mente de Ida. Hacía algún tiempo que había observado que uno de sus cuatro compañeros, el más joven de ellos se mostraba turbado en su presencia. Al principio no dió ninguna importancia al hecho, juzgándole de escaso interés; pero ahora la sustracción del documento en cuestión, no podía por menos de despertar en la joven un sentimiento de desconfianza hacia el compañero que de tal modo se impresionaba ante su vista.

Pasaron diez días, en los cuales Ida había estado tan atareada que no tuvo tiempo siquiera para visitar á la Condesa. Además sentía cierta repugnancia en confesarle la pérdida de su pase, porque ésta no creyese obra de su abandono ó negligencia, lo que era en realidad efecto de algún hábil escamoteo.

Un día, concluido su trabajo, al salir de la oficina, uno de los porteros dijo á la joven que el señor Director la esperaba en su despacho. Sin quererlo y sin saber por qué, Ida experimentaba una gran emoción; pero se serenó y subió con rapidez al segundo piso, y entró en el despacho de su jefe, después de obtener permiso, diciendo:

—Á sus órdenes, señor Director.

Éste la miró con ojos escrutadores y severos; después abrió un cajón de la mesa, sacó de él una fotografía, y poniéndosela delante de la joven, dijo:

—¡Vea usted!

Ida arrojó sobre ella una mirada y enrojeció hasta el blanco de los ojos, lanzando un gemido de angustia y ocultando el rostro entre sus manos, cayó sobre una silla inclinándose profundamente.

Aquella fotografía le representaba á ella misma; ¡pero en qué traje y con qué actitud! Por todo el oro del mundo nunca habría permitido que le retratasen de tal modo. Ahora comprendía el objeto del robo de su pase. Sin duda la comadrona había utilizado su fotografía para que algún miserable fotógrafo

colocase su cabeza sobre otro cuerpo obsceno, para vengarse como le había jurado.

El rubor, el decaimiento, el espasmo, y, especialmente el silencio de Ida al ver aquel retrato fueron interpretados por el Director como una implícita confesión de la culpa. Por lo tanto el funcionario añadió con mayor severidad que antes:

—La persona que me ha facilitado este dato de infamia, está dispuesta á presentar otras pruebas palpables... Conque, ven-gamos á lo importante. Tiene usted tres días para justificar su inocencia. Si pasado ese tiempo no la prueba usted, pediré su separación del servicio del Estado.

Ida temblaba de pies á cabeza, retorciéndose las manos con desesperación é hizo infinitos esfuerzos para ahogar los sollo-zos que subían á su garganta. El horror, la vergüenza, la de-sesperación que se había apoderado de ella, la quitaban hasta el aliento para articular una palabra... Por fin llegó á vencerse, y levantó fieramente la cabeza, con una mirada en que resplande-cía todo el candor y toda la inocencia de su alma, acertó á decir:

—Perdone usted, señor Director, pero en el estado en que me encuentro, ante la horrenda calumnia y la trama infernal que tras de ella se descubre, no acierto á concertar las palabras. Agradezco los tres días que me da para probar mi inocencia. Ahora permítame usted que me retire.

Á una señal de asentimiento del Director, Ida se fué vaci-lando. Al llegar á la calle tomó un coche de punto y se hizo conducir á la casa de la Condesa, refiriéndole entre lágrimas y sollozos lo ocurrido.

La escuchó atentamente la Condesa; cediendo á una súplica repetida de su protegida, empezó á tratarla de tú, para inspi-rarla mayor confianza.

—Cálmate, hija mía. Yo te aseguro que antes de esta noche habremos encontrado á la cabeza oculta de esta infame intriga.

Verdad que el diablo es sutil é hila delgado, pero no tanto que no deje algún cabo suelto.

Dió orden en el acto de que enganchasen los caballos; tomó otro pase de la *Alianza*, le añadió otra fotografía, que Ida llevaba siempre encima, después de haber perdido la primera, y cuando el coche estuvo listo, salió con la joven diciendo al cochero:

—¡Al Buen Pastor!

Una vez llegado el asilo, pidió informes ante todo á la superiora, sobre la conducta de Giannina, y habiéndolos obtenido inme-jorables, la mandó llamar, la acogió con bondad y ternura, acari-ciándola con ternura maternal, y la preguntó sonriendo: Cuan-do estabas en aquella casa maldita, te obligaron alguna vez á fotografiarte?

La pobre joven enrojació, inclinó la cabeza cubriéndosela con las manos y empezó á llorar. La Condesa replicó con dulzura:

—No tienes que avergonzarte de ello. Te lo pregunto para un fin honrado. ¡Sabrías decirme el nombre del fotógrafo y dónde tiene su fotografía?

—No sé nada; porque nada me han dicho; pero recuerdo que era pequeño de estatura y muy grueso, moreno, con bigotes ne-gros, como un carbonero, y que tenía una cicatriz en el labio.

—Está bien. Adios.

Subida de nuevo al coche con su compañera, la Condesa, se hizo conducir á casa de su fotógrafo, el cual apenas supo de lo que se trataba y conoció las señas que había dado Giannina, dijo sin vacilar:

—Es Romanucci. Vive en la calle del Orto, núm. 77. No pue-de ser nadie sino él, añadió sonriendo. Tiene una cicatriz que recibió en un duelo por un asunto semejante. Es un bicho de cuidado... Ya verá usted cómo trata de negar al principio.

Llegadas á la calle del Orto permanecieron en el coche mien-tras el cochero llevaba una tarjeta de la Condesa al fotógrafo, el cual las hizo subir inmediatamente.

Cambiados los saludos naturales, la Condesa, señalando á Ida, dijo al fotógrafo:

—Ruego á usted que tenga la bondad de ver si entre sus negativas se encuentra alguna que corresponda á este original.

—Es posible; pero no recuerdo haber sido honrado nunca por esta señora.

—¡Señorita!

—Sí, es cierto; basta con mirarla... Perdone usted; pues bien, no recuerdo.

—No es fácil, porque nunca estuvo aquí. De manera que alguna otra persona vino á hacer copiar y aumentar una fotografía suya, como ésta, añadió mostrando el pase al fotógrafo mirándole fijamente.

El pobre diablo se inmutó horriblemente, aunque continuaba mirando la fotografía y arrugando las cejas como si tratara de recordar un hecho ya olvidado.

Pero la Condesa, sin darle tiempo á serenarse, le colocó entre la espada y la pared diciéndole con energía:

—Escuche usted, señor mío: Las consecuencias del hecho que acabo de referir, han sido gravísimas para esta señorita. Es forzoso, pues, que usted ponga remedio al mal. Ahora todo puede arreglarse de un modo sencillo, pues usted como caballero, no podrá negarse á una declaración que devuelva el honor á esta joven.

—Veamos. Tenga usted la bondad de explicarme su pensamiento.

—Hélo aquí: Esta señorita desea una declaración en la cual se haga constar que el transporte y aumento fotográfico de la señorita Ida Piumetti, para usted desconocida, fué hecho por encargo de una tercera persona, quien le aseguró falsamente que ambas partes estaban conformes en ello. La cosa resulta más fácil si este trabajo se lo pidió algún artista para que le sirviese de modelo.

—Sí, realizo algunas obras de estas para los pintores... Ahora me parece recordar.

—Muy bien. Pues con declarar que hizo usted el trabajo para fines artísticos y con callar el nombre de la persona, queda á salvo su buen nombre. En caso contrario, yo, como presidenta de la *Alianza* y esta señorita, nos veríamos obligadas á emplear otros procedimientos.

—¡Comprendido! Voy á ver en seguida si encuentro la negativa y en el acto escribiré la declaración.

—No necesitamos la negativa.

—Es que quiero destruirla en su presencia.

—Como usted guste. Hágalo, pues.

Media hora más tarde la Condesa é Ida presentaban al Director de las oficinas centrales de telégrafos, la declaración del fotógrafo.

La satisfacción fué aceptada á gusto de ambas partes. El Director rompió en su presencia la fotografía y ofreció los pedazos á la condesa, diciendo:

—Quien posee la negativa tiene también derecho á la positiva. El asunto ha concluído.

La primera mina de la comadrona había reventado.

Mientras el coche las conducía á casa, la Condesa dijo á Ida con su sagaz sonrisa:

—Por esta vez debemos contentarnos con lo contramina. Pero de fijo la comadrona está preparando nuevas minas más profundas y tortuosas. Hay que tener cuidado con ellas.

—Bien sabe Dios que no deseo mal á nadie y que lo perdono todo; pero no puedo menos de alegrarme de que quien siembra vientos recoja tempestades.